*“Yo he llegado el último de todos, como quien anda al rebusco* de *la vendimia”* 33:16.

 **ECLESIÁSTICO**

 **PREFACIO**

Mamá estaba sentada al lado derecho de la urna, encerrada en negro. A esa hora de la noche, la gente, allegados, vecinos y familiares conversaban con mucha animación en el patio y en las afueras de la casa. Solo algunas mujeres dispersas en la sala convertida en el velatorio rezaban en un murmullo de voces. Esperé hasta cuando se hizo el silencio entre las orantes y me acerqué a ella. El abuelo había muerto como a las cuatro de la tarde. Sufrió un infarto en plena calle, a pocos metros del hogar, y no necesitó de autopsia para verificar la causa, porque, avisados, los de la funeraria llegaron expeditos y se encargaron del cuerpo.

―Mamá, ¿qué pasará con el abuelo? ―pregunté tímidamente.

―Se irá al cielo ―respondió solemnemente, sonándose delicadamente la nariz con un pañuelito blanco, de bordes finamente tejidos, según recuerdo.

A mi edad, seis años, el cielo era el lugar de Dios, de Jesús y de los ángeles y santos. Siempre escuchaba a mi abuela pedir no sé cuántas cosas a los ángeles y santos del cielo. Y en la escuela, las clases de catecismo abundaban en hechos celestiales. Si ese era lugar de destino final para el abuelo, mis esperanzas de verlo nuevamente serían muy escasas.

―Mamá, ¿puedo verlo?

La respuesta tácita fue tomarme por las axilas para elevarme a la altura del féretro, casi a la mitad, por lo que pude recorrer con mis ojos, primero al frente y luego el resto, todo el cuerpo del abuelo que, a mi entender de ese entonces, asomaba un fantasmagórico resplandor. Vestido en su liquilique blanco, de hilo egipcio, el mejor y el más vistoso de su vestuario, el que era para usar en ocasiones muy especiales, el abuelo se veía imponente, no tenía arrugas en su rostro, el que lucía como estiradito; su piel, más rosada que cuando estaba vivo, y sus ojos, aunque cerrados, me los imaginé más azules que el mismo cielo a donde, según mi mamá, debería ir. Parecía dormido, pero le faltaba algo que mucho tiempo después supuse que era el alma.

La visión no pasó de unos minutos, o menos. Fue muy rápida y ya mamá me tenía en el suelo cuando le hice la tercera y última pregunta de esa noche.

―Mamá, ¿quién me leerá los cuentos?

—Este… ya veremos. —Y me mandó a la cama.

Los cuentos del abuelo eran narraciones muy extrañas para mí. Nunca las entendí por completo, pero cuando comenzaba a leerlas, su sola voz, con énfasis especial en cada palabra de la escritura, me hacía trasladarme a lo que creía que significaban y así me dormía rápidamente inventando sueños, aunque él no paraba, seguía hasta llegar al fin. Cuando nombraba el mar, yo me sentía nadando, y si mencionaba el río, ya yo estaba bajo la sombra de un gran árbol pescando en sus aguas. Y si era un tigre de bengala, estaba corriendo como Mowgli por alguna selva de la India. Cielo, estrellas y sol me hacían viajar por todo el universo. Eso era lo que me acercaba más al abuelo: sus palabras, su entonación, su emoción, sus sentimientos todos. Nunca me contó un cuento de memoria. Cuando me acercaba a su hamaca, donde solía descansar después de una larga jornada de trabajo como comerciante, ya sabía a lo que iba, a que me leyera un cuento; entonces, pedía que le buscara los espejuelos, el cuaderno y el mongol (lápiz), mientras, parsimoniosamente, se levantaba de la hamaca. Aunque le costaba un poco hacerlo, pues ya pasaba de los setenta años, se paraba con gusto, me tomaba de una mano y me llevaba a mi cama para comenzar la lectura antes de que la luz fuera cortada por la compañía eléctrica. No pasaba todos los días, pero sí por lo menos dos o tres veces a la semana. Ya acostado, no apartaba la vista de lo que estaba haciendo sentado a mi lado, y lo veía escribir en su letra menudita y muy ordenada, como de contador, esos signos que para mí aún eran marañas incomprensibles.

Al tiempo, ya en la universidad, mi madre me entregó una caja llena con muchas de las hojas escritas por mi abuelo.

―Creo que están todas, las busqué por todos los rincones de la casa y, allí, arriba de su escaparate, encontré casi todas.

Revisé los papeles, y qué carga de recuerdos afloraron, aflojando también en mí algunas lágrimas. Allí hice un descubrimiento, mi abuelo no escribía cuentos, solo me hacía resúmenes de los libros que él había leído, de autores que hicieron maravillar su imaginación y luego la mía: Julio Verne, Rudyard Kipling, Melville, Salgari, Mark Twain y tantos otros. Una enseñanza invaluable que me produjo el apego más querido del que nunca querría separarme: la lectura, la buena lectura.

Pero en la caja había más. Atadas con una elástica roja, un fajo de libretas de bolsillo sobresalía del montón de hojas sueltas. Quité la banda y conté siete libretas. Todas estaban etiquetadas. La primera, escrita en su estilo característico, con solo una palabra: ESMIRNA. La siguiente, DE CESAREA a CAFARNAUM. La tercera… JERUSALEM… Me detuve en la primera. ¿Esmirna? Tendré que buscar un diccionario Para saber de qué se trata.

Pero antes comencé a leer lo que mi abuelo había escrito, con su letra menudita pero muy clara. En la primera página de esa libreta, como una especie de introducción, pergeñó:

Con ayuda de su espíritu se ha transformado el mundo, con ayuda de su espíritu lograremos transformarlo aún, crear una tierra nueva. Discusiones como la de hoy no pueden sino enriquecernos.

 Luego se preguntaba:

¿Y pueden tener sus reliquias fuerzas también para coadyuvar en esas transformaciones? ¿Encontrar su Santo Grial? ¿O comprobar cómo verdadera la Sábana o Sudario de Turín o hacer lo mismo con la túnica inconsútil que le despojaron los soldados romanos y de la cual sólo hoy existen leyendas?

 Entendí que esas incógnitas motivaron sus escritos. Me dije que esto también debería aclararlo más tarde y, a lo mejor, en la biblioteca pública. Pasé a la siguiente página, y no paré hasta terminar los cuadernillos.

I

ESMIRNA

 Desde la noche

 veo a mis pies

 los caminos del hebreo.

 Jorge Luis Borges

 (Poema James Joyce)

 1968

Cuando salí de mi pueblo llevaba en la mente los dioses de mis padres, y cuando regresé, dos años después, solo mi mente y corazón arropaban la fe en un Dios verdadero transmitida por un hombre de una fuerza espiritual tan contagiosa y profunda, que más nunca pude pensar en Artemisa ni en Apolo.

Mi destino, que comprendí tiempo después que ya estaba escrito, se resolvió en aquella mañana cuando mi amigo de tantos años, Nereo, vino a visitarme en mi bazar, lo que no ocurría desde hacía tres meses atrás, al momento de la muerte de mi querida Teresa, mi esposa, a consecuencia de una desconocida enfermedad, por lo que mi tristeza se elevaba hasta el cielo. Era ella una joven alegre, de ojos grandes azulinos y vivaces, hospedados en un rostro muy atractivo que hacía recordar su ascendencia griega. Tenía solo veinticinco años y, al igual que mi amigo Nereo, habíamos crecido juntos nadando en las aguas turquesas del mar de Esmirna y explorando sus ásperas y escarpadas mesetas, en largas caminatas, bajo un ardiente sol, que nos dejaban casi exhaustos, para luego regresar a la densa vegetación de sus encantadores paisajes a descansar bajo sus olivares y cipreses, hurtando frutos a sus datileras o bien a los granados para calmar la sed.

Mi amigo Nereo, haciendo honor a su nombre, desde chico se entrenaba para lo que la mayoría de los jóvenes querían ser en Esmirna: marineros, navegantes, lobos de la mar, por lo que andaba de barcaza en barcaza aprendiendo todo lo que los mayores y expertos le podían enseñar sobre el difícil arte, así me parecía, de recorrer el mundo sobre un montón de maderas, que al fin y al cabo, era mi definición de barcos. Y no perdió el tiempo, pues se convirtió en dueño y señor, desde luego que también navegante, de su propia embarcación, la que zarpaba en labores de comercio por toda la Anatolia y hasta mucho más allá, llegando —según me contaba— hasta las tierras del Levante Mediterráneo, a los viejos reinos de Judea y Samaria, por lo que se apropió de una educación autodidacta que muchos hubieran querido tener Esmirna.

― ¡Hola, querido y apreciado amigo! —me gritó efusivamente al entrar a mi tienda, y ambos dimos unos pasos para encontrarnos y abrazarnos como si no nos hubiésemos visto en años, así era de grande el cariño que nos teníamos—. ¡Te apuesto a que ahora sí me acompañarás en mi próximo viaje! Un centurión romano me ha contratado y la paga será muy buena —dijo esto continuando su efusividad y, tomándome por los hombros, me invitó a salir―: Vamos al ágora, tengo unos peces que están reclamando finas especies y hortalizas, y unos vinos que demandan gustos exquisitos como los nuestros ―Y se echó a reír―. Y mientras llegamos, hablaremos de lo que hemos vivido en estos últimos meses.

Iniciamos la caminata hacia el mercado, una edificación imponente a la que todos los que vivíamos aquí considerábamos la más original y monumental de toda Anatolia, por sus tres pisos: uno subterráneo, el segundo que estaba al nivel de la calle, y por encima de este había un tercer nivel sostenido por columnas. En las stoas que abrigaban ese mundillo de mercaderes venidos de todas partes del mundo conocido, se podía encontrar cualquier cosa que se buscara, hasta aedos y rapsodas que contaban todo el pasado de la ciudad antes y después del nacimiento de Homero, o los poemas de Aristodoma, la más excelsa poetisa de Esmirna, a quien por su arte le concedieron ciudadanía honoraria griega. Escuchábamos las versiones más variadas de la gesta de Aquiles, «el de los pies ligeros», con sus sentimientos de cólera, amistad, odio, sed de venganza, compasión, pero era el asombroso viaje de Ulises lo que más llamaba la atención a mi amigo, quien me decía, gozosamente, que ya había recorrido gran parte de ese fantástico peregrinar, pero sin encontrar sirenas ni gigantones antropófagos, y mucho menos hechiceras como Circe. Aunque no sé por qué, para mí esos relatos eran, simplemente, mojigangas para tratar de revivir esperanzas en un pueblo casi siempre usurpado bajo el yugo de un imperio. Antes, por toda clase de conquistadores, hasta Alejandro Magno; ahora, por los romanos, que según contaban aún muchos abuelos, uno de sus generales tomó Esmirna y obligó a todos los habitantes de la ciudad a desfilar desnudos en pleno invierno. Horrible humillación, sin olvidar lo ocurrido a mi padre, asesinado de manera inmisericorde, solo por ejercer su deber de oponerse al conquistador. Sin embargo, Esmirna logró convertirse en una tierra de plurinacionales y cada etnia conquistada o conquistadora siguió y sigue aportando a su progreso.

―Viajando vives, te emocionas, sueñas, es algo estupendo y ayuda a olvidar las penas ―me decía ya en su casa, de regreso del ágora, levantada a mitad de un acantilado, para, según él, desde esa altura estudiar con detenimiento vientos y corrientes marinas observando el comportamiento de naves, velámenes y hasta pájaros. Amar, aprender, descubrir podría ser el oráculo de su vida. Pero yo sabía por qué me decía lo de los viajes, porque deseaba, más que nadie, que yo me olvidara de Teresa, o eso pensaba. Viéndolo preparar los pescados, notaba cómo la vida del mar le había prestado fortaleciendo un cuerpo que destacaba por sus amplias espaldas, y pecho y brazos fornidos, por lo que imaginaba que tendría que comer y beber como un gigante. Y en efecto, salió del huerto donde preparaba la comida con sendas bandejas en sus brazos llenas de tantos pescados y potajes preparados que podían alimentar a una familia entera. Colocó el bastimento en la mesa y se fue a una habitación para regresar con dos ánforas de vino.

―Sin el vino, este festín no tiene significación ―expresó lleno de satisfacción por lo que había cocinado, cuya presentación y olores despertarían el apetito hasta de un enfermo.

Brindamos y después seguimos bebiendo en una muy pequeña terraza que no era más que un saledizo que había construido a muy pocos centímetros del desfiladero, para disfrutar de la espectacular vista que al instante causaba temor, pero al rato uno ya se acostumbraba embelesado por lo que estaba viendo. Nos acomodamos sobre el piso hecho de piedras calizas, bien colocadas en forma de arabescos, las que me dijo había arrancado de las paredes del mismo acantilado casi arriesgando su vida, y me volvió a insistir sobre la necesidad de que lo acompañara en su próximo viaje. Y mientras, hablaba de los encantos de esos periplos y mencionaba tantos sitios como yo podía recordar, como las islas mayores Creta y Chipre, y gran número de islas menores como Corfú, Eubea, Rodas, Lesbos, etc. Entonces, viendo esa costa marina tan hermosa, me trasladaba a esos años de nuestra niñez cuando conocí a Teresa lidiando con los aperos de los pescadores buscando conchas y pedazos de corales que pudieron haber quedado atrapados en sus redes, para luego, con muchísima imaginación y buen gusto, elaborar collares y otros adornos que intercambiaba con amistades y familiares. Nereo y yo nadábamos y, al verla, hicimos apuestas para ver quién de los dos se le acercaba.

―El que primero atrape un pez de colores ―le dije, conociendo mi habilidad para sumergirme en los fondos coralinos.

Nereo dijo no con la cabeza.

―Mejor apostamos al que llegue primero a la orilla ―propuso.

Estábamos a buena distancia. Era muy improbable que ganara porque mi amigo tenía más cuerpo, mayor resistencia, pero mis largos brazos podían hacer quebrar mi propio pronóstico.

Nereo salió adelante y, a pesar de mi esfuerzo, no lograba alcanzarlo, pero algo sucedió que disminuyó sus brazadas, y al rato yo estaba tirado en la orilla, esperándolo, y pensando a la vez cómo acercarme a la muchacha, lo que consideraba la parte más difícil del juego.

― ¿Todavía no te decides? ―preguntó cuando se tiró en la arena tan blanca como las paredes de los acantilados de nuestras costas, al momento de salir del mar mostrando cansancio (bueno, fingiéndolo según sabría después), y excusando su retraso por un calambre en una pierna.

No respondí y me dirigí hacia lo que mis ojos, ardorosos por el agua salada que aún goteaba de mis cabellos a la cara, veían: la borrosa y delgada figura de la chiquilla, y solo cuando al fin estuvieron secos, de tanto pasarme las manos por los párpados, pudieron mirar con detenimiento su gracia y mohín, su cabello negrísimo y sus ojos azulados, quizás impregnados del mar de Esmirna.

―Ho…la —titubeé―. ¿Qué hace?, ¿le puedo ayudar?

―Hola. Ya veo que mi primo te mandó ―me respondió, siguiendo en su labor con la redes, sin ni siquiera voltear la cara para mirarme o arreglar su cabello movido por el viento—. Pudo haber venido él mismo a ayudarme, pero siempre tiene una excusa ―añadió manteniendo la misma actitud.

Pensé en largarme y reclamarle a Nereo por la chanza que me hizo pasar, pero cuando quise voltearme, sin mucho aspaviento, me ordenó:

― ¡Agarra la punta de la red y estírala lo más que puedas para ver qué tiene pegado!

Así lo hice y, al rato, además de saber su nombre, también supe que vivía en el centro de la ciudad, y que cada quince días bajaba a la casa de la familia de Nereo, cerca de esta playa donde nos encontrábamos, para buscar esos corales y esas conchas que, por cierto, siguió trabajando muchos años hasta que dejó de hacerlo cuando cayó en cama por una desconocida dolencia.

Desde ese día comenzaron nuestros primeros escarceos, entrelazando las manos y uno que otro beso fugaz, hasta comprender que estábamos realmente enamorados. Cuando cumplimos la mayoría de edad, nos casamos. Por supuesto, Nereo fue el padrino de boda y, sin darse cuenta, principal financista en el negocio que nos daba el sustento, pues de cada viaje que hacía por esos pueblos a orillas del Mediterráneo, nos traía mercancía bella y diversa que ampliaba nuestras exhibiciones. Nunca nos cobró, y tampoco aceptaba que le pagáramos.

―Esos han sido obsequios, regalos a mis amigos favoritos ―respondía cuando intentábamos abonarle algún dinero, conscientes de que mucha de esa mercancía que nos traía eran regalos de gran valor.

Pero no fueron fáciles esos años. Cuando fuimos creciendo y la niñez se estaba ocultando, los padres de Teresa empezaron a ver que nuestros encuentros, casi constantes, no lo eran por compartir solo juegos de niños o tareas o compañerismo en excursiones. «Algo anda mal con esos niños», pensé que se dijeron porque al poco tiempo a Teresa le restringieron las salidas, y ella misma me contó que ya la estarían comprometiendo en un arreglo prenupcial con un familiar lejano, que estaba dispuesto a pagar una buena dote. Lo primero que pensamos fue en escapar, pero Nereo, el siempre bueno de Nereo, al conocer de la intimidación ―no sin antes descargarnos las consecuencias de esa mala idea de un escape―, prometió interceder, lo que hizo en forma inmediata con no sé qué clases de argumentos, pero que debieron ser muy consistentes, porque a los días ya me encontraba visitando a Teresa en su propia casa. Para entonces pude ubicarme como ayudante en uno de los bazares más prestigiosos de Esmirna y así, prácticamente desde muy joven, comenzó mi vida en el mundo del comercio, aprendiendo por mi patrón, un hombre muy jovial que dominaba en todas sus anchuras el difícil arte de comprar y vender, lo mucho de lo que hoy yo sé. Sin embargo, mi entrada no fue tan fácil, porque estuve varios días esperando a que me evaluara, detrás de una larga fila de jóvenes y mayores que también ansiaban la oportunidad de trabajar con este señor que ya tenía una muy bien ganada fama de ser uno de los comerciantes más exitosos de toda la región. Quizás mi expresivo interés en las colecciones de raros y diversos objetos que se mostraban en los exhibidores de la tienda contribuyeron, sin que me diera cuenta, a que me escogiera.

Resulta que varias veces había entrado a ese negocio atraído por su extensa variedad, y pasaba buen tiempo escudriñando con mis ojos muy abiertos, unas veces todo lo que tenía que ver con collares, pendientes, brazaletes y zarcillos, alhajas de plata y oro en general, mirando sus tracerías y montajes, y en otras las numerosas colecciones de dagas y cuchillas acabadas en piedras preciosas y encapsuladas en materiales tan raros como pieles de exóticos animales y hasta en marfiles de colmillos de elefantes. Anotaba y dibujaba con minuciosos detalles todo lo que me parecía demasiado importante y, sobre todo, raro y único en la zona.

El día que me escogió, de lo cual me enteré por Nereo que mantenía relaciones comerciales con el dueño por lo del transporte de sus encargos a ciudades costeras del Mediterráneo, mientras yo escudriñaba, sorpresivamente alguien me tocó el hombro, inquiriéndome de buenas maneras:

―Jovencito, perdone, ¿vino usted a comprar algo o…

Volteé y no lo dejé terminar la frase, la figura imponente que tenía enfrente obligaba a considerar sus palabras y, con cierta timidez, le respondí:

―No, no vine a comprar, vine por el puesto de ayudante, me interesa aprender el arte del comercio…

―Si no me equivoco, no es la primera vez que usted está por aquí, lo he visto varias veces inspeccionando como un ratoncillo y tomando notas como si de autoridad se tratase. Ya la evaluación de los interesados, como puede ver, terminó. ¿En verdad está interesado en el trabajo o solo le gusta mirar?

De más está decir que le expliqué lo que hacía con mis anotaciones, para comparar precios y existencias en otras tiendas, y valorizar los de su bazar, cosa que le encantó sobremanera, además de contarle que de a poco estaba reuniendo piezas de calidad para en un futuro tener mi propio negocio, cuestión que supuse también le agradó por mi sinceridad, pues desde ese momento comencé como ayudante, devengando de paso un buen salario.

Con el paso de las semanas, el trato diario de empleado a empleador se hacía más constante, pero con respeto, y las conversaciones, o clases como yo las llamaba, sobre el secreto en los negocios, nunca estaban de más. Pero cuando me relataba cosas de su tierra, hacía esfuerzos por creérmelas porque muchas de ellas me sonaban muy extrañas y asombrosas. La existencia de pirámides que ocultaban tesoros y secretos, malditismos decrépitos y alquimistas de sueños no pasaban para mí de ser narraciones sacadas de su delirante imaginación, pero con su hablar tan refinado, quien lo oyera daría por cierto lo que contaba. Había nacido en el pueblo de Al Rish, un asentamiento beduino orillado en el Mediterráneo, con playas de aguas azules, blancas arenas y extensos palmerales, según me contó, de donde salió adolescente como cuidador de camellos y de cualquier oficio que le ordenaran, siguiendo las largas caravanas que lo llevarían, atravesando lo que también llamaban «la tierra de Cam», a Luxor, al rico Valle de los Reyes y otras ciudades, y, por supuesto, a conocer sus maravillas arquitectónicas de las que no cesaba de hablarme durante los momentos en que no estábamos atendiendo algún cliente. Lo cierto es que nunca se quedó en los oficios de muchacho, pues contactó mucha gente erudita que le enseñó los conocimientos que hoy expresaba.

Cuando me veía tan callado haciendo inventario de lo que había en la tienda, se acercaba sigilosamente, moviendo como un paquidermo sus largas y gordas piernas, me invitaba a tomar el té, y mientras preparaba la infusión me preguntaba y se respondía al mismo tiempo, muy ufano:

― ¿Sabes que conocí a Cleopatra y a Marco Antonio? Hará unos treinta o cuarenta años, más o menos; vivía en Alejandría en ese año en que el mundo conocido se gobernaba desde allí, porque era el centro del conocimiento, y en el puerto anclaban las naves guerreras de Egipto y Roma. No hablé con ellos, pero sí los vi varias veces que entraban y salían en desfiles aplaudidos por todo el pueblo. Era algo apoteósico. Pero las constantes guerras acabaron con todo ese esplendor. Y si no lo sabías, Cleopatra nació cerca de aquí, y en vida estuvo viviendo un tiempo con Marco Antonio, en Tarso.

― ¿Es cierto que desaparecieron su cadáver? Así se lo escuché decir a un aedo en el ágora ―le interrumpí.

―Ella se declaró hija de Dios, y a lo mejor sus seguidores para mantener esa creencia escondieron sus restos. Egipto es una tierra de mitos y leyendas, y a veces resulta difícil o aventurado señalar lo que es cierto o mentira.

Me pasó una taza con la infusión y me hizo señas para que lo siguiera hasta las puertas del negocio y sentarnos en un amplio sofá, en el que su regordeta y alta figura parecía sentirse muy a gusto, ocupando más de las dos terceras partes del espacio, por lo que poco del resto apenas alcanzaba para otro puesto. El Egipcio, como lo llamaban cariñosamente sus amistades en Esmirna, y a él le agradaba sobremanera que le dijeran así, quizás por recordarle su origen, gustaba de vestir elegantes e inmaculadas túnicas, de delicadas telas, todas sobriamente adornadas con ribetes dorados en las aberturas y en los puños de las mangas, cruzadas con un delicado manto desde el hombro hasta las rodillas, pero nunca usaba turbantes o cuadrados de telas u otra cosa para proteger o tapar su cabeza calva como una piedra de trillar. Yo, por el mucho respeto que le tenía y su mayoría de edad, más de sesenta años, deducía, siempre lo llamaba por su nombre de pila, del que imaginaba representaba algo más que una formalidad: Naeem Baba, como si se tratara de alguien de mucha alcurnia.

 Entonces, le pregunté si también los faraones eran hijos de dioses.

―Se creían sus hijos. Lo más arcano se esconde en los lugares que escogieron para sus mastabas. Aún permanecen ocultos los conjuros que se hacían para guiar el viaje de los muertos, de los faraones concretamente, para que al resucitar subieran a los cielos, supuestamente para estar al lado del dios y ser visto después desde la tierra convertido en una estrella. Dicen que esos conjuros se guardan en algún pasadizo secreto de los cientos que existen en los laberintos de las fantásticas pirámides. Ahora bien, no hay dudas de que esas construcciones tenían ese fin: la eternidad, y que el nombre del rey perdurara como han perdurado las pirámides. Estamos hablando de unos dos mil quinientos años. Ojalá algún día puedas conocerlas.

― ¿Cómo las construyeron si usted dice que son antiquísimas, como pudieron hacerlas?, ¿qué técnicas se usaron?

―Desde que las conocí cuando muchacho, he preguntado a todo el mundo cómo las hicieron, y nadie tiene una repuesta lógica y comprensible. Hay quienes dicen que por su complejidad, por la laboriosa inteligencia empleada en su construcción, representan el fin de una civilización y la herencia para otra menos culta que trató, con muy poco éxito, de levantar cerca de las grandes pirámides otras mastabas que las arenas del tiempo enterraron. Lo que sí sé es que trabajaron cientos, miles de hombres, que fueron alimentados con toneladas de pescado del Nilo y mucha carne de res. Y esto te lo afirmo porque apenas removiendo la arenas cercanas puedes encontrar capas de hueso y espinas.

― ¿Usted cree en los dioses? —Inquirí con mucha timidez—. Se lo pregunto porque son tantos que uno no sabe a quién pedirle o venerarle, uno les habla, les pide y son como sordos. Nuestra Artemisa, diosa de la fertilidad, es la más famosa de toda Anatolia.

Y me respondió con otra pregunta.

― ¿Y tú crees que el mundo es real?

Me quedé en silencio. Y pensé en lo inútil de una respuesta, sería como comenzar una discusión sin final.

―Uno le da significado a las cosas ―Empezó a hablar mientras me mostraba la taza que tenía en su mano―. Sabes que esta es una taza porque te han dicho que es una taza y tu mente ha procesado que es una taza, y donde veas algo similar dirás que es una taza. Entonces, uno tiene que decidir si se cree materia o espíritu, y cuando estás seguro de ser una sola de esas dos cosas lo serás porque la verdad no tiene opuestos. Si tu verdad es el cuerpo, o lo material, todo eso acabará cuando dejes de existir, pero si es lo contrario, el espíritu nunca morirá, y allí comenzará tu contacto con tus dioses, o, simplemente con tu deidad, con la eternidad, o si lo quieres ver de otra manera, estarás más cerca del cielo y mucho más lejos de lo terrenal, pero para esto tienes que tener fe; una fe firme e inquebrantable. La fe ha de ser vivida con devoción y con pureza de mente y corazón, y demostrada; no hay que hablar de ella.

― ¿Y cómo tengo que estar en este mundo que usted dice es irreal?

―Teniendo una nueva percepción de él, una nueva visión, que te permita despertar del sueño en el que estás viviendo. Comprometerte a vivir en el presente para que así puedas atrapar mansamente la percepción verdadera de las cosas completamente libres de pasado. De esa manera conocerás un mundo sin miedo, lleno de perdón. Ahora mirarás ese mundo de otra manera. Verás con detenimiento y comprenderás que como el agua de un río, nunca nada nunca es igual. Sencillamente, busca y hallarás.

Sin estar convencido de sus argumentos, le pregunté si la gente que sigue a los dioses entendía eso o estaba más que equivocada. Solo me respondió que muchos lo que esperaban era recibir y por eso pedían, porque habían decidido que su verdad era ser cuerpos.

―Por eso los faraones y los reyes, y las reinas de mi pueblo, dejaban instrucciones muy específicas para que se le levantaran lujosas tumbas, todas llenas de tesoros, con sus cuerpos embalsamados y las vísceras perfumadas guardadas en ánforas, y vestidos con las mejores galas, con la ambición, más que con la fe, de resucitar y seguir siendo lo que fueron: cuerpos. Otros, para no repetir lo que fueron en la vida.

― ¿Entonces, usted es espíritu o cuerpo? ―le pregunté, y al mismo tiempo pensé que lo había hecho con ironía, pero Naeem Baba creo que ni se percató, y me respondió con una gran sonrisa:

― ¡Soy espíritu con caparazón para estar en este mundo que no es el mundo! Llegará el momento de dejar este carapacho que llamo cuerpo y seguir viviendo en el mundo real. Eso es lo que creo ser.

―Pero no me ha dicho si cree en los dioses… ―le rumoré.

―Te lo respondí en otras palabras. La gente en la desesperanza busca creer en seres extraordinarios que le resolverán sus problemas terrenales. Aquí hay dioses para todos los gustos. En Roma, una cantidad; también en Apolonia al igual que en Egipto. Los romanos crearon un sincretismo entre sus dioses helénicos y los antiguos que tenían los egipcios. Pero cuando desapareció Cleopatra, a los pocos años, había el rumor de que un verdadero hijo de un dios único se encontraba en Egipto huyendo de un rey asesino que gobernaba por orden de Roma en los territorios de Judea, por cierto, cuyo pueblo, desde tiempos inmemoriales, ha creído en una sola deidad. Y en cada aldehuela y ciudad en que vivió este supuesto hijo de Dios, dicen que dejó huellas. Egipto siempre ha tenido relaciones con el pueblo judío. Le vende trigo, hilos de lino, venenos, y hasta las cuerdas con las que atan a la mujer acusada de adulterio son egipcias. Por eso es creíble lo que se contaba.

―Parece interesante…

―Sí, lo es. Lo supe meses antes de abandonar Egipto con destino a Esmirna; bueno, la verdad es que quería ir a Éfeso, pero un marinero me habló de que era una ciudad bulliciosa, pero que cerca existía otra que era un remanso, y cambié de opinión.

―Eso quiere decir que llegó a Esmirna cuando yo no había nacido.

―Si tienes menos de 30 años, sí.

― ¿Y por qué salió de Egipto?

Quedó en silencio viendo fijamente hacia la calle, y me sentí apenado por la impetuosa pregunta, nada elegante ni apropiada, creía, eso de conocer más de la vida privada de quien me ha brindado no solo el sustento diario, sino cierto cariño y respeto, sin contar las enseñanzas del difícil arte de mercadear. Sin embargo, para mi sorpresa, Naeem Baba me puso una mano en el hombro y con voz seca y ronca, como si quisiera aguantar las ganas de llorar, me dijo:

― ¡Jovencito… lo más duro para el alma es escapar de los recuerdos!

Entonces, relató las razones de la salida de su Egipto. Se había convertido en guía de caravanas, de gente que quería conocer la Gran Pirámide, y en uno de esos viajes llevó a su familia, esposa y dos hijos.

―Los moradores del desierto nos asaltaron sin piedad casi a la par que una tormenta de arena se nos venía encima. Todo comenzó cuando llegamos a un oasis y procedíamos a dar de comer a los camellos. En ese momento uno de los animales reventó, y sacábamos el cadáver para no contaminar la zona. Allí se produjo el ataque. Me dejaron por muerto o no me vieron, y cuando avivé, tenía sobre mí el cuerpo en descomposición del animal y mi humanidad cubierta de arena pegada a mi sangre. Como pude salí de ese encierro, espantando a los carroñeros que esperaban para seguir saciándose de los restos del animal, y después, desesperadamente, comencé a buscar a mi familia y a los otros que venían en la caravana, pero no encontré nada, era como si el mismo desierto se hubiese encargado de todos los vestigios. Sentí miedo y pánico, me quedé sentado en la arena llorando como un niño hasta que otra caravana me encontró.

―Solo recordaba —continuó hablando— el momento en que desfallecí, cuando enfrentaba a uno de los asaltantes y vi venir un atacante con una asta larga en sus manos, lo que supuse era una alabarda, y su cuchilla, de media luna, me rapó hasta el hueso todo el cuero cabelludo, impacto que se convirtió al instante en un incesante tintineo en mis oídos y en mi mente que, después de que renací, me acompañó por semanas y meses, quedando sordo como una tapia, y sin obviar los incesantes dolores de cabeza.

Mi patrón arqueó su pesado cuerpo hacia mí, inclinando su cabeza, y me preguntó:

― ¿Ves? El piso de mi cabeza no tiene piel, apenas una telita de cuero transparente.

Observé y miré el mapa de su cráneo, por cierto demasiado abrillantado y luminoso, con el trazado de los huesos encajando uno sobre el otro, y pensé en lo de su cabeza como piedra de trillar.

―Al principio, por la severidad del sol, usaba turbantes para protegerme, pero en uno de esos viajes por poblados a orillas del Nilo, un viejo curandero, a quien consulté por mis dolores de cabeza, me preguntó que si iba toda la vida a utilizar turbantes hasta para dormir, y si no había pensado en lo que me pasaría en inviernos y noches frías, iniciando un tratamiento con extraños ungüentos sobre mi cabeza, eliminando mis dolencias y protegiendo mi cráneo. Todavía los uso porque supo darme la fórmula y solo compro los ingredientes, pero si a ver vamos, casi que ni los necesito, es más por costumbre que por otra cosa.

― ¿Buscaba a su familia en ese viaje?

―Sí, esos rapaces del desierto acostumbran vender su botín en pequeños poblados para evitar ser descubiertos. Tenía esperanza de encontrar a mi mujer y mis hijos, pero el tiempo pasó, agoté mis recursos económicos y… simplemente acepté lo que mi divinidad había decidido. Pero aún oro por ellos.

― ¿No serían beduinos los que lo atacaron?

―No, no, los beduinos son gente pacífica y servicial, dedicada al pastoreo de animales, sobre todo ovejas y camellos. Yo vengo de allí. Nací en un asentamiento beduino. Conocen muy bien las zonas desérticas, y en mi tierra están muy adentrados en el desierto del Sahara. Precisamente, la caravana que me encontró me llevó a un oasis de una tribu de beduinos, y fueron ellos los que me atendieron y curaron. Siempre les estaré agradecido.

Pero no me olvidaba del llamado hijo de Dios.

― ¿Qué quiso decir con lo de las huellas dejadas por el supuesto hijo de un dios único?

―Creencias de la gente, supuestos milagros decían por casi todos los pueblos a la orillas del Nilo, en Matariyah, en Sakha o en Samanoud; que si la huella en un estanque era la del niño, que su madre lo había amamantado bajo un sicomoro que después nunca se secó o que en tal pueblo hizo un agujero en el suelo y brotó agua; hasta una historia que dice que cuando esa familia llegó a una aldea en la que sus habitantes adoraban ídolos, se produjo un movimiento de la tierra, y todos esos ídolos se cayeron y hasta el templo donde se veneraban se derrumbó. La gente decía que eso pasó porque había llegado el hijo único del dios único; también decían que el pequeño vio un pescado que iban a comer y le ordenó que dejara la sal y volviera al río, y el pez revivió, o lo más difícil de creer que escuché…

Naeem Baba calló inesperadamente. Pensé que lo que iba a decirme era una indiscreción, como si violara un recóndito secreto y por eso su silencio, como buscando una excusa para no decir lo que ya tenía en mente decirme.

― ¿Entonces? ―pregunté sin ocultar en mi rostro el interés por escuchar lo que podría ser ese gran secreto.

―Igual que a mí me pasó no lo vas a creer, y más cuando te he contado tantas cosas de esa tierra tan llena de misterios inescudriñables como mi Egipto, pero el asunto es que ese niño vestía una túnica inconsútil…

―Sin costura —interrumpí— lo que significa finura, clase y abolengo…

―Sí, pero en este caso no fue hecha por renombrados fabricantes o artesanos, sino, sencillamente, tejida por su madre en simple y común algodón o quizás en lino, del que se producía en algunos pueblos del delta del Nilo, principalmente en Pelusio, que era considerado el de mayor calidad no solo en mi querido Egipcio, sino en otras partes.

―Y qué es lo difícil de creer, cualquiera puede tejer una túnica de esa clase y más para un infante…―le corregí, casi de manera arrogante.

― ¡Ten paciencia para escuchar. Un buen mercader debe saber oír las razones del cliente! —me respondió disciplinariamente, pero sin mostrar disgusto.

―Perdone, no volverá a suceder ―le respondí, bajando la cabeza como señal de respeto.

Pero tuve que esperar un rato más para poder escuchar lo que tenía de enigmático esta túnica inconsútil, porque un cliente entró al bazar y dejé el mullido sofá para ir a atenderlo.

Después de cumplir con el comprador, de nuevo volví a insistir en lo de esa túnica.

―Pese a tu comportamiento, voy a contarte el final de la historia. Lo extraordinario, según decían, de esa túnica es que crecía con su poseedor; la gente contaba que el niño crecía y siempre usaba la misma ropa, la misma túnica, y que esta nunca se ensuciaba. Una pieza finísimamente tejida por un grande amor como es el de una madre, la que tuvo que hacer todo a mano: primero el hilo, luego la urdimbre y después tejer los hilos transversos, para que fuera destinada inmaculada y perfecta a un dios encarnado, que debe vivir entre nosotros, compartiendo nuestras alegrías y desesperanzas. ¿No te parece sorprendente?

―Por supuesto —respondí, para enseguida preguntar—: ¿Cuántos años vivió ese niño en tu tierra?

―Cuatro o cinco años, la gente dice que llegó de meses y se fue ya crecidito, y siempre con su túnica puesta… ¿Qué habrá pasado con él? Me hubiese gustado conocer la respuesta.

― ¿Y usted creería en eso de un dios manifestado en carne?

―Te dije que en la tierra de donde vino ese niño, siguen esperando a un mesías, a un dios, que aparece profetizado en lo que ellos llaman los libros de la ley judía que, según, tienen inspiración divina, y fueron dictados por Moisés, uno de sus guías, después del llamado éxodo o salida de los judíos de Egipto. Por cierto, esos libros, traducidos del hebreo, su lengua, al griego, se encuentran en la biblioteca de Alejandría. A esos judíos el mundo aún no los ha definido, si son un pueblo o una religión. Ellos dicen que provienen de un solo tronco, podríamos decir, pero no cuentan que sus mujeres han sido locales de los pueblos en los que han vivido, por lo que su descendencia no puede ser pura, pero en lo de la religión sí han mantenido un estricto control, se han aferrado a sus preceptos, normas, leyes, que cumplen en cualquier parte del mundo en que se encuentren. Dicen que es el pueblo elegido por Dios.

Aunque durante el tiempo que estuve con Naeem Baba, fuera de esa vez, nunca más se tocó el tema del niño milagroso de Egipto, en lo que a mí respecta, nunca pude olvidarlo, y de vez en cuando le hablaba a mi Teresa y a Nereo sobre si eso fuese verdad, qué dios tan poderoso era aquel que le hubiese dado tan especial regalo a un simple mortal, o ¿sería este también otro dios?

A los tres años más o menos de estar trabajando en el bazar de Naeem Baba, le anuncié una mañana, con mucho entusiasmo, la próxima apertura de mi tienda, y él, en un gesto por demás excepcional, me exhortó a que escogiera diez de los objetos que más apreciaba y que la mitad de ellos me los regalaría y la otra lo cancelara a precio de costo.

― ¡Así podrás tener lo mejor de toda Apolonia y más allá, y la gente dirá «tiene tantas cosas lindas y únicas como las que están en el bazar del Egipcio»! —Y retumbó el local con una sonora carcajada, para luego asirme en sus grandes brazos, y expresarme todo el cariño que por mí sentía en un abrazo que no supe cuánto tiempo duró. Al soltarme, pude ver que algunas lágrimas se adherían como gotas de rocío en su rosada y bonachona cara, y mirándome fijamente, con ojos de sincera solidaridad me dijo:

―Nunca hagas nada sin orar a tu divinidad o a lo que dices creer, a tus dioses; que sean ellos los que te guíen al momento de comprar o vender. Tienes un precio base, pero nunca será inamovible, podrás bajarlo o subirlo, de acuerdo al plan en el que te encuentres: comprador o vendedor. Y recuerda, el primer cliente del día deberá recibir toda tu consideración. Y otra cosa, cuando ores, ábrete, cuenta tu vida, tus sinsabores, tus alegrías, y escucha, porque hay un extraordinario poder en la oración.

Dejé los recuerdos y regresé a Nereo, e interrumpiéndole su prédica viajera, le grité:

― ¡Ya lo decidí, me mudo a Éfeso!

― ¡Qué! ―me respondió sorprendido, derramando por las comisuras de la boca un poco del mosto que terminaba de beber.

―Si crees que esa es la mejor manera de olvidar a Teresa, estás equivocado. Si la has amado como yo sé, su recuerdo estará aquí y más allá. No debes olvidar que eres un hombre joven, muy bien parecido, con algo de fortuna, que sabe comerciar con mucha inteligencia, y que en cualquier momento te puedes volver a enamorar y fundar otro hogar ―argumentó con vehemencia.

Lo miré fijamente y solo le dije:

―Estás muy equivocado. Y en ese momento Teresa copó todos mis pensamientos y, viendo la costa escarpada del mar de Esmirna, comencé a hablar en silencio, repitiendo palabras que me traía el viento y que nunca había escuchado tan armoniosamente: Eso, no miento, no, me sobresalta/ dentro del pecho el corazón: pues cuando/ te miro un solo instante dentro ya no puedo/ decir ni una palabra / porque al dejarme/ vertiste muchas lágrimas.

Llenó las copas de vino. Sorbió la suya con un fuerte respiro, y empezó a hablar sin mirarme, solo señalándome con su mano izquierda el occidente, hacia Éfeso.

―Esa ciudad que has elegido no tiene futuro. Ahorita se ve progresista por el puerto, pero te digo un secreto que ya todo el mundo que navega lo sabe: ese puerto se acabará porque aumentará la sedimentación por el río y por el crecimiento desmesurado de algas, todo junto impedirá que entren embarcaciones. Y sin puerto, será una aldea, un pueblo como los tantos que hay en las costas de Anatolia.

―Respeto tus conocimientos, pero no comparto esa opinión. Hoy Éfeso es una de las ciudades más importantes de Anatolia; tiene teatros, baños públicos, hasta dos ágoras, y el gran templo de Artemisa. No hay que ser mezquino, pero con los romanos la ciudad ha prosperado.

―No niego ese progreso, pero te hablo de su futuro. Al cerrar el puerto de Éfeso todos mirarán hacia Esmirna. Nadie posee una rada tan tranquila, grande y de aguas profundas en todo lo que ahora llaman Mare Nostrum, por cierto libre de forajidos, y en esto coincido contigo, gracias a las flotas de la armada romana. Y ya ves que le están construyendo malecones para atracaderos y a lo mejor depósitos para almacenar mercancía, en fin, será un gran puerto como lo están avizorando los romanos. De modo que debes pensar mejor lo que decidas hacer.

Dejé la copa en el piso y me levanté. Nereo hizo lo mismo, aunque siguió sus reclamos por mi decisión. Al final, después de abrazarnos y despedirnos, cuando ya empezaba a bajar las escaleras de su casa, como palabras de consolación, me espetó:

― ¡Te espero casi al amanecer mañana en el puerto, con ropa de faena, te llevaré a Éfeso!